

El-Kaim; sus dos hijos, Abu-el-Abbas y Mohammed-el-Mahdi. La gente de Sus fué á buscar á los tres. El-Kaim quiso recibir la *baraka* (bendición) de Ben-Mbarek y luego exigió juramento de obediencia á los de Sus; los masmuda del Derén, de donde había salido la gran dinastía almohade, prometieron también obedecerle. Iba á empezar la verdadera guerra santa, una guerra predicada y dirigida por los morabitas y los cheurfa. ¿Contra quién? Indiscutiblemente contra los portugueses, pero también contra los mismos sultanes merinidas, el de Fez y el de Marrakesh, juzgados hartos tibios en defender la fe. Al principio alcanzaron algunos éxitos contra los portugueses, pero no pudieron tomar á Azemmor ni á Saffi, pues los dos gobernadores cristianos fueron ayudados por los malos musulmanes de las cercanías. Primeramente obraron de concierto los dos hijos de El-Kaim, á quienes dejaba su anciano padre la dirección de las operaciones. Habían sobornado ó intimidado al sultán de Fez, alcanzando autorización para predicar la guerra santa en sus Estados, y recibiendo de él un tambor, una bandera, el título de capitanes y veinte jinetes de escolta. Mucho más considerable fué la fuerza que les dió el pueblo. Osaron atacar á Tánger y Arzila, y fracasaron, pero volvieron con algún botín, lo cual exaltó el entusiasmo popular. El sultán de Marrakesh, intimidado también cuando se le acercaron, imitó á su pariente de Fez. Precisamente en aquel momento (1514), Ataíde, gobernador portugués de Saffi, y Pedro de Sofía, que lo era de Azemmor, reunieron, con la ayuda de algunos jefes indígenas, una tropa de 500 jinetes cristianos, 100 arcabuceros, 2.400 jinetes moros y trataron de tomar á Marrakesh por sorpresa. Los dos cheurfa estaban en la ciudad; levantaron el ánimo del sultán y mandaron una salida contra los asaltantes, que fueron rechazados. Tanto creció con esto su autoridad, que pudieron hacer reconocer á su padre como una especie de soberano por la gente del Ued-Draa y del Sus, y fundar la ciudad de Tarudento la Nueva, cobrando en ella el diezmo con regularidad. Desde entonces lucharon contra los portugueses en igualdad de condiciones. Favoreciéles la for-

tuna con perecer Ataíde en un encuentro con los moros, y pronto se creyeron con bastante favor del pueblo para reinar en Marruecos. Mandaron á sus criados asesinar al mísero sultán (1519), ocuparon la ciudadela, derrotaron al otro merinida, al de Fez, que había venido á ayudar á su pariente (1520-1536). Intervinieron hombres piadosos para que cesara aquella guerra entre musulmanes; el merinida no conservó más que el Norte de Marruecos, dejando todo el Sur, con Marrakesh, á los cheurfa. El mayor de ambos hermanos tomó el título de rey, mientras el más joven fué á buscar al Sus un principado independiente. Procedieron casi de acuerdo durante diez y siete años y emprendieron mancomunadamente el sitio de Santa Cruz de Cabo de Aguer. La plaza, asediada por 50.000 hombres, fué tomada por asalto, y su gobernador, Gutiérrez de Monroy, después de defenderse bien en la ciudadela, tuvo que rendirse con sus dos hijos. Su hija doña Mencía llegó á ser esposa predilecta del jerife de Marrakesh.

DERROTA DEL MERINIDA DE FEZ.—En 1535 estalló una guerra civil entre los dos hermanos. Vencido Abu-el-Abbas invocó el auxilio del merinida de Fez. Entre el merinida y el joven jerife se dió en Fechtala, cerca de Ued-el-Abid, una extraña batalla, en la cual constituía, por ambas partes, la fuerza principal del ejército una tropa de renegados. Mohammed-el-Mahdi venció también, el merinida fué herido, cayó prisionero y dió por rescate la provincia de Mequínez (1547). Luego volvió á empezar la guerra y esta vez fué sitiado y tomado, después de largo asedio (1550). Ya hacía años que Abu-el-Abbas había abandonado la ciudad para retirarse al Tafilala.

RELACIONES DE LA NUEVA DINASTÍA CON LOS CRISTIANOS Y LOS TURCOS.—Todo Marruecos se vió reunido bajo el mando del hijo menor de El-Kaim. El nuevo poder tenía que luchar con los cristianos, pero desde que en 1522 los indígenas habían quitado á los españoles el Peñón de Vélez y los españoles de Rassaca (que no recibían dinero ni alimentos de su gobierno) habían asesinado á sus jefes, entregando la plaza y haciéndose musulmanes (1524), había cesado la guerra

santa, razón de ser de la dinastía saadiana. Más graves eran las zozobras que les habían de causar los turcos. Entre los hijos de El-Kaim y Solimán el Magnífico había rivalidad por la supremacía religiosa, rivalidad de un Alida contra el campeón de la ortodoxia, cuyo padre había comprado en el Cairo los derechos del califato. También había en ello la antipatía de un africano contra un turco, contra aquel sultán lejano que en el Moghreb era un protector de piratas. El jerife llamaba á Solimán «sultán de los peces».

Ya en 1547 Solimán había enviado un embajador á pedir que se pusiera en libertad al merinida, y luego sus lugartenientes en África tomaron las armas para restaurar á éste. Los turcos invadieron á Marruecos, ocuparon á Fez, instalaron á su protegido Abu-Hasún y se retiraron después de haberle hecho pagar una gran indemnización. Después de su marcha, Mohammed-el-Mahdi desposeyó de Tafilala á su hermano Abu-el-Abbas, que se entendía con sus enemigos, se deshizo del merinida mandándole asesinar en el camino de Fez (1553), volvió á esta ciudad y le hizo expiar su defección con rescates y suplicios. La castigo más severamente todavía fijando la capital en Marrakesh; para vengarse de los turcos se entendió con los españoles de Orán para quitarles á Tlemcen, y ocupó la ciudad, pero no el *Mechuar* (ciudadela). Aquello bastó para atraer sobre sí el coraje del sultán. Solimán quería su cabeza á toda costa. Unos jinetes turcos, supuestos desertores, fueron á ofrecer sus servicios á Mohammed-el-Mahdi, que aceptó imprudentemente tal oferta y los llevó á una expedición contra tribus rebeldes del Atlas; en el camino fué asesinado por uno de los jefes de aquéllos, y se dice que su cabeza fué llevada á Estambul y clavada en una puerta de la ciudad (1557).

Este Mohammed-el-Mahdi fué, al parecer, un gran hombre; cuando no era más que gobernador de Sus, introdujo en este país el cultivo de caña de azúcar y construyó una mezquita en su residencia de Tarudento. Cuando llegó á sultán de Marruecos embelleció también á Marrakesh. Fundó en el Océano el puerto de Agadir y revisó el sis-

tema de impuestos. Aunque se elevó por medio de la guerra santa, parece que no odió mucho á los cristianos, como lo demuestra su alianza con los de Orán contra los turcos musulmanes. Era el único hombre capaz de sofocar en el origen una dominación turca en África. Su hijo Muley-Abd-Allah pretendió una alianza con Felipe II. Los disturbios que más adelante desolaron á Marruecos procedieron de que siempre hubo en la familia reinante y en el imperio un partido turco y otro español. Esas mismas guerras civiles provocaron en 1578 la intervención de don Sebastián, rey de Portugal, que acabó en el desastre de Alcazar-Kivir.

CONQUISTA DEL SUDÁN; LA UNIVERSIDAD DE TOMBUCTÚ.—Don Sebastián había hecho esta expedición con pretexto de sostener á un pretendiente de la familia jerifiana contra el jerife Abd-el-Malek, que entonces reinaba, y que murió también en la batalla. Abu-el-Abbas, hijo de Abd-el-Malek, que contribuyó á ganar la victoria y tomó por ello el título de El-Mansur, fué uno de los soberanos más grandes de Marruecos. Lo que más celebridad le dió fué la conquista del Sudán. Desde el tiempo de los Almoravides se había implantado el Islamismo entre los negros de este país. La dinastía musulmana de los Sokia reinaba en Tombuctú. Uno de sus reyes, después de una peregrinación á la Meca en el siglo XV, había recibido del califa de Egipto el título de «lugarteniente del jefe de los creyentes en el Sudán». Tombuctú había adquirido gran importancia; esta capital era, no sólo el mercado mayor del África central, sino también un gran centro de ilustración. Poseía una especie de universidad, una escuela musulmana de derecho; al lado del linaje regio de los Sokia había una dinastía de sabios jurisconsultos, los Ben-Baba.

Juristas y reyes eran musulmanes ortodoxos; el jerife de Marruecos era un Alida. Invocando su título de Imán, Abu-el-Abbas El-Mansur ordenó al Sokia, que entonces era Ishak, hijo de David, que reconociera su supremacía y le pagara un tributo. Como todas las minas pertenecían al Imán, exigía un canon por la explotación de las salinas de Tarazza. Naturalmente, fueron rechaza-

das tales pretensiones. El-Mansur reunió entonces á sus grandes en consejo. Su proposición de guerrear con el Sudán fué acogida muy fríamente. Se le objetaron los peligros de una travesía como la del Sahara; nunca habían intentado cosa semejante los antiguos soberanos de Marruecos «y no tendremos la pretensión (colegían de ésto) de ser más fuertes que los antiguos». El-Mansur invocó entonces el ejemplo de los almoravides y el de las caravanas que iban todos los años al Sudán. «¿No podré yo hacer lo que hacen sin dificultad unos mercaderes reducidos á sus propios recursos?» Su discurso, elocuente y apremiante, desvaneció los temores, despertó el valor y suscitó entusiasmo. Se resolvió la expedición y se confió el ejército al bajá Djuder (Octubre de 1590). Cuatro meses y medio duró la travesía del gran desierto. Dicen que el rey Ishak había reunido 140.000 guerreros, que eran llevados al combate por morabitos y fetiqueros. Fué vencido y huyó á Garu, á 400 kilómetros al Este. El ejército victorioso entró en Tombuctú en 1541. Lo que más le costó vencer al bajá Djuder fué la resistencia de los juristas negros, entre ellos la de Ahmed Ben-Baba, autor de muchas obras famosas (1). Se negaban á someterse al jerife, alegando que dependían del califa de Túnez. Ben-Baba echaba en cara animosamente á los marroquíes sus excesos y el pillaje de su casa y de su biblioteca. «Constaba de 1.600 volúmenes, y de toda mi familia era yo quien tenía menos.»

Los marroquíes se dirigieron en seguida al Garu y sitiaron al rey. Por último, se mostró Ishak dispuesto á someterse y á pagar una indemnización de guerra y un tributo anual. Pero como durante el larguísimo sitio había padecido mucho el ejército, el bajá Djuder, para evitar su destrucción total, ordenó la retirada. El-Mansur le recibió muy mal, le destituyó y nombró en su lugar al bajá Mahmūd. Fué otra expedición contra Garu; el rey Ishak, antes de que la sitiaran, se fué á Kukia, que estaba más lejos, pero implacablemente acosado por los meharistas, tuaregs y marroquíes, murió de extenuación.

(1) Especialmente el *Tekmil-ed-Dibadji*, á modo de diccionario biográfico de los sabios del Moghreb.

Su muerte produjo la sumisión completa del Senegal, del Sudán y del sultán de Bornú. El ejército victorioso llevó á Marruecos (1593) un botín inmenso, constituido en grandísima parte por barras de oro. Por ello tomó El-Mansur el sobrenombre de El-Debhi (el dorado). Pudo elevar magníficas construcciones como las de Badiaa, y mandar traer mármoles de Carrara, que pagó á «precio de azúcar». El más ilustre de los prisioneros llevados á Marruecos fué Ben-Baba. Ante el formidable soberano no se desmintió su entereza de ánimo. Le recibió el sultán oculto detrás de un velo, y el jurisconsulto negro le dijo: «El mismo Dios habla á los mortales por revelación y no tapado con un velo; y tú no eres Dios.» Protestó después de nuevo contra las brutalidades cometidas en Tombuctú por los vencedores y se atrevió á preguntar al sultán por qué no había dirigido sus armas contra los turcos. El sultán salió del paso con una cita sacada de la *Sunna*. Al salir de la audiencia todos los letrados de Marruecos acompañaron á Ben-Baba, suplicándole que se dedicara allí á la enseñanza. Así lo hizo y su gloria se extendió por toda África. Más adelante obtuvo permiso para volver á Tombuctú.

DECADENCIA DE LOS SAADIANOS.—En África, como en Oriente, todas las dinastías, hasta las fundadas por los personajes más santos, hasta las que tienen su razón de ser en la austeridad y piadosa pobreza de los antepasados, acaban siempre, á veces, desde las primeras generaciones, por lujo, molicie, vicios y crímenes mayores que los que sus fundadores echaron en cara á las dinastías anteriores. Así ocurrió con los almoravides, con los almohades, y lo mismo aconteció con los jerifes saadianos. Desde la muerte de El-Mansur (1603) sus luchas fratricidas, su convivencia con los cristianos (en 1609 El-Mamún entregó El-Araich á los españoles) sublevaron contra ellos á otros morabitos, á otros mahdíes, á otros cheurfas. En general, estos predicadores de reformas acababan mal, con las cabezas clavadas en las almenas de Marrakesh. Otros fueron temibles por ser más prudentes, como los santos del oasis de Sidjilmasa y los cheurfa hassanianos. Éstos siguieron llevando la vida pobre, me-

ditabunda y virtuosa, sin dejar de guerrear contra los cristianos, dueños de los puertos del Océano. Cuando en 1659, unos cien años después de la derrota de los merinidas por los saadianos, había de extinguirse esta dinastía, los hassanianos habían de fundar en Marruecos, con la ilusión (que no tardó en desvanecerse) de una regeneración, una dinastía nueva, que es la que reina hoy.

IV.—La conquista turca

LOS HERMANOS BARBARROJA.—Los piratas griegos ú otomanos, aunque perseguidos hasta las costas de Anatolia y Egipto por los caballeros de Rodas, hormigueaban y tenían su cuartel general en Metelin (isla de Lesbos). La anarquía de África les pareció una gran ocasión para pasar á Occidente, de modo que la debilidad de merinidas, zeyanidas y hafsidas dió como último resultado la apertura de un nuevo campo de batalla entre el sultán de Turquía y la cristiandad. Sus propios Estados

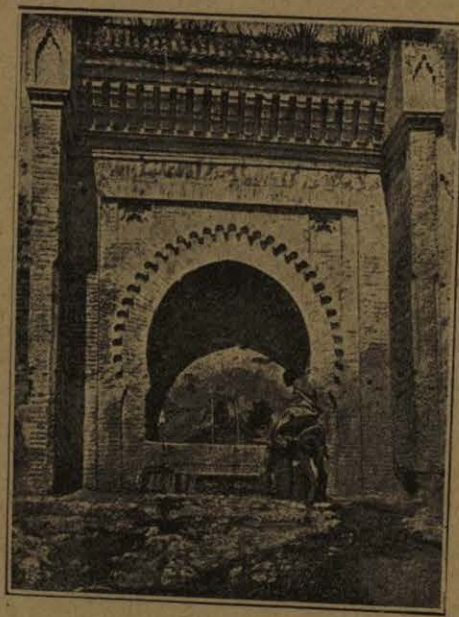
eran la puerta de la última lucha entre el Islamismo y el espíritu de cruzada.

Había en Metelin un alfarero que tenía cuatro hijos: Elías, Ishak, Baba-Arudj y Kheir-ed-Din. El tercero se había dedicado desde muy joven á la piratería. Sorprendido un día por una galera de Rodas, vió morir á Elías y tuvo que remar como forzado. Dice una tradición que más adelante, cuando reinó en Argel, se acordó de la organización militar de los caballeros. Logró evadirse, fué á Túnez, donde lo recibió muy bien el soberano hafsidea, y se decidió á buscarse una instalación independiente en la isla de Djerba. Su hermano Kheir-ed-Din, que había seguido sus huellas, fué á unirse con él, y ambos, colmando de regalos al sultán de

Túnez, le convirtieron en encubridor y cómplice suyo. Solían apoderarse de buenas presas, y de una sola vez ofrecieron al hafsidea cincuenta mancebos españoles con un perro cada uno, aves raras y cuatro muchachas nobles, lujosamente vestidas, montadas en hermosos caballos.

ATAQUES Á BUGÍA.—De pronto recibieron un emisario de Bugía, de donde les rogaban que fuesen á expulsar á los españoles. La rada de Bugía es la más honda y segura de todas, frente á España, Francia é Italia. Aceptaron, y aquel día se determinó su des-

tinio; pero sus comienzos fueron penosos. Bugía, construída en forma de anfiteatro, es fácil de defender. Los españoles se sostuvieron con firmeza; á Arudj le rompieron un brazo, y los corsarios se retiraron (1512). Tuvieron que contentarse con ocupar á Djidjelli, de la cual no habían sabido qué hacer los genoveses. Volvieron con mayores fuerzas contra Bugía en 1515, á petición de Ahmed-ben-el-Cadi, sultán de Kuko, y no obtuvieron mejor éxito; esta vez les faltó



Una fuente árabe (Tetuán)

pólvora, y su amigo el sultán de Túnez se negó á dársela.

OCUPACIÓN DE ARGEL.—Por último, Salemet-Teumi, jefe de los árabes Thaleba, protector de Argel, les hizo otras ofertas: les entregaba á Argel con tal que destruyeran las torres del Peñón y expulsaran de él á los españoles. Arudj expidió el material por mar y fué siguiendo la costa, mandando 800 mosqueteros y 5.000 jinetes kabilas. Se cree que no fué derechamente sobre Argel, sino que dió un rodeo para apoderarse de Cherchel, donde Kara-Hassan, uno de sus lugartenientes, se había instalado blasonando de independiente. Mandó matar á Kara-Hassán y volvió sobre Argel, en donde entró con gran aparato guerrero. Pronto conoció

que le era imposible vivir con Salem-et-Teumi (1516). Lo estranguló con sus propias manos en un baño, y montando á caballo se paseó por toda la ciudad, aclamado como rey por sus compañeros. Aterrados los habitantes, se callaron, hasta que trató de derribar los muros del Peñón, como había prometido. Pero aunque era corta la distancia que les separaba, apenas alcanzaban al Peñón las balas de sus cañones. Los argelinos empezaron á reirse y á conspirar. Arudj mandó coger á veinte personajes importantes al salir de la oración del viernes en la Mezquita Vieja, y sus cabezas cayeron en los peldaños de la escalinata para dar ejemplo á los demás descontentos. Sus soldados turcos ó «bueyes de Anatolia», como los llamaban, se encargaron de ablandar al populacho. El último de los reclutas quería que le llamasen «alto y magnífico señor».

FRACASO DE DIEGO DE VERA.—Entretanto, un hijo de Salem-et-Teumi y los régulos de Tenes y Mostagán pidieron auxilio á España. El comandante del Peñón pedía pronto socorro. Cisneros, después de haber acudido en vano á Carlos V, que tenía otros quebraderos de cabeza en el reino de Nápoles y en la misma España, se decidió á organizar una expedición, pero apenas pudo reunir en una escuadra pequeña á 3.000 aldeanos y aventureros mal armados, á quienes prometió diez maravedises diarios. Diego de Vera, que los mandaba, desembarcó en el emplazamiento actual de Bab-Azún, tuvo la pretensión de envolver la ciudad y ordenó un asalto. Arudj los esperaba con las puertas abiertas de par en par. Los soldados de Diego de Vera no tardaron en ser echados escaleras abajo por los *ioldachs* ó genizaros. El corsario hizo una salida, y los habría matado á todos si los cañones del Peñón no le hubieran atajado. Á los tres días la escuadra española zarpaba de nuevo entre una furiosa tempestad (1516).

CONQUISTA DEL VALLE DEL CHELIF.—Sediento Arudj de venganza, se puso en camino, á través de Mitidja, para Tenes y Mostagán, sabiendo anticipadamente que una tropa de mosqueteros bien disciplinados siempre podría más que un ejército indígena. En virtud de igual razonamiento, conquistó más

adelante á Argelia el mariscal Bugeaud. Los thalebas de Mitidja no aceptaron el combate, pero, delante de la llanura del Chelif, los mehal, con todos sus grandes jefes, aguardaban al corsario en los barrancos tortuosos del Ued-Djer. Fueron dispersados después de algunas cargas brillantes, y su derrota entregó á Arudj no sólo la llanura del Chelif hasta el Sig, sino también las dos masas montuosas que la flanquean, el Zakkar y el Dahra por un lado y el Uarensenis por otro, y todas las poblaciones sobre las cuales habían extendido su autoridad, desde Medea, capital del Titery, hasta Tenes, cuyo sultán fué empalado.

CONQUISTA DE TLEMCEM.—Era seguro que algún pretendiente á la corona de Tlemcen no dejaría de echarse á los pies de Arudj en cuanto se acercase al Sig y al Habra, y efectivamente, en Tenes recibió una diputación de zeyanidas. Bajó á la magnífica llanura de Mascara, y para conservar en ella un sólido punto de apoyo, ocupó la Calaa de los Beni-Rached. Dejó en ella á su hermano Ishak con 300 arcabuceros y fué derechamente hacia el Oeste. En vano Bu-Hammu, usurpador del reino de Tlemcen, trató de atajarle en Arbal con 6.000 jinetes y 300 infantes; fué derrotado, y el hijo del alfarero de Metelin entró como rey con sus tropas feroces en la vieja capital de Yar'moracen.

Grande era el peligro para la cristiandad, más grande acaso de lo que en España se creía. Don Martín de Argote, uno de los guerreros más valientes de aquel tiempo, salió apresuradamente contra la Calaa con 300 españoles y un tropel de árabes. Los turcos de Ishak resistieron primero con valor y luego pidieron cuartel y fueron muertos traidoramente. El marqués de Comares, gobernador de Orán, pidió grandes refuerzos, los consiguió y llegó á Tlemcen en pocos días. Ya execraban á Arudj en Tlemcen por sus atrocidades. Había mandado ahorcar á Aba-Zeyan, su aliado, y rival de Bu-Hammu, de los barrotes de una reja del Mechuar; había mandado arrojar á setenta príncipes zeyanidas, niños y adultos, á un gran estanque donde solían darse fiestas náuticas, riéndose de sus convulsiones, y diciendo: «Más adelante me habrían hecho

traición, como se la han hecho á sus señores.» Ya se puede suponer cómo se trataría á la gente del pueblo.

DERROTA Y MUERTE DE ARUDJ.—Durante algunos meses hizo frente con sus soldados kabileños y árabes á los 15.000 hombres de Comares en el muro de cerca de Tlemcen, luego se batió en las calles, y por último se retiró al Mechuar. Poco á poco sus tropas kabileñas se retiraron, y por último, un día, en el sexto mes de sitio, los mismos habitantes de Tlemcen entraron en la fortaleza y dieron de puñaladas á sus mejores soldados. Arudj logró escaparse de noche, seguido de los hombres útiles, llevándose cuanto oro y alhajas le fué posible. Forzó la línea española y se dirigió hacia el Oeste, contando quizá con encontrar un socorro que le había prometido el sultán de Fez. Sembró dinero y joyas por el camino para atajar el ardor de quienes le perseguían, pero como le faltaban las fuerzas, se detuvo en un redil de cabras rodeado por una cerca de piedras hacinadas sin argamasa. «Allí combatió con una singular audacia hasta que García de Tineo, porta-estandarte de Diego de Andrade, le mató con una pica» (1518). Arudj tenía entonces 44 años, era de estatura regular, pero muy robusto, con la barba roja (origen de su mote, que heredó su hermano Kheir-ed-Din), ojos vivos y brillantes, nariz aguilena y tez tostada. Sus soldados, á quienes inspiraba afecto, temor y obediencia, lloraron su muerte. Su cabeza y su traje, de terciopelo rojo bordado de oro, fueron enviados al gobernador de Orán, que regaló la chaqueta al convento de San Jerónimo de Córdoba. Sirvió para hacer una capa, que se llamó «la capa de Barbarroja».

Arudj había permanecido catorce años en Argelia y había cometido muchos actos de barbarie, pero había adquirido mucha gloria, principalmente por haber comprendido mejor que los españoles que, para dominar parte de la costa de África, es necesario haber ocupado una zosa extensa del interior. Había tratado, indudablemente sin darse cuenta de ello, y más bien impulsado por un destino singular, de reproducir la antigua dominación romana; había bosquejado, más de tres siglos antes que Bugeaud, la con-

quista de Argelia. Este pirata, una vez dueño de Argel, no hizo quizá ni una excursión marítima, pero había sometido á Mitidja, el valle del Chelif, á Titery, Dahra, Uarensenis y Tlemcen, y había dado el último golpe á la dinastía de los zeyanidas. Verdad es que disponía de un armamento superior al de sus adversarios, pero más que sus mosquetes valían su audacia, su tenacidad y su rudo genio, á propósito para grandes guerras. No se le puede comparar más que con un contemporáneo suyo, con Hernán Cortés.

KHEIR-ED-DIN.—Sucedióle su hermano Kheir-ed-Din, aclamado por los turcos que quedaban en Argel, pero nunca hubo soberano nuevo (dado que mereciese tal título) que empezase con una situación más desesperada. El nuevo imperio, al parecer, se hundía y desaparecía con Arudj. Todavía quedaban zeyanidas, á pesar de haber ahogado á tantos en el estanque de Tlemcen. Bu-Hammu, auxiliado por los españoles de Orán, no tenía más que avanzar por el valle del Chelif, absolutamente libre, aceptar la sumisión de Miliana y poner su ejército en Mitidja.

El reino de Kuko, en la Gran-Kabilia, estaba en manos de Ahmed-ben-el-Cadi, sultán ambicioso y astuto, que seguía los consejos del hafsida de Túnez, y podía servirle de vanguardia en la conquista del Moghreb central. La señoría de los Beni-Abbas en el Ued-Sahel no aguardaba más que una ocasión para extenderse al Oeste, siquiera hasta Medea. Era imposible que el rey de España no interviniera para acabar con los piratas de Argel.

HÓMENAJE AL SULTÁN DE ESTAMBUL.—Kheir-ed-Din, digno hermano de Arudj, no vaciló un momento para hacer frente á tanto peligro, y tomó el único partido posible para conjurarlos. Se dirigió al sultán de Estambul, Selim el Inflexible, y le ofreció su vasallaje. Selim aceptó, confirió á Kheir-ed-Din el título de *beglierbeg*, y desde aquel momento (1518) el reino de Barbarroja, que no era más que un Estado embrionario, fué lo que no dejó de ser hasta la rebelión definitiva de sus genizaros: una parte integrante del imperio otomano. En principio era un hermoso triunfo para Turquía avanzar de

aquel modo hasta el centro del Mediterráneo occidental, frente á Carlos V emperador, rey de España y de Sicilia. En cambio, el pequeño Estado de Argel, clasificado entre las potencias regulares, estaba seguro de recibir auxilios en hombres, única cosa que le faltaba, pues la guerra había de alimentar la guerra en la tierra y en el mar. Selim envió 2.000 genizaros á Kheir-ed-Din y le permitió reclutar cuantos quisiera en Anatolia. Más de 4.000 hombres respondieron á su llamamiento, excitados por la esperanza del pillaje.

EXPEDICIÓN DE HUGO DE MONCADA.—Las disensiones ordinarias de los zeyanidas tranquilizaron pronto á Kheir-ed-Din por la parte del Oeste; un hermano de Bu-Hammu se rebeló contra éste en Tlemcen y paralizó sus movimientos, pero Carlos V obró con decisión, y en Julio de 1519, Hugo de Moncada, virrey de Sicilia, se dirigió contra Argel con una armada de 40 bajeles, tripulados por unos 5.000 hombres de tropas probadas. Rodeó una parte de la ciudad por el Sur y estableció su cuartel general en una colina que la domina, la misma en que Carlos V mandó levantar su tienda doce años después. La oposición de su teniente Gonzalo Marino de Ribera le impidió atacar inmediatamente, y Kheir-ed-Din se aprovechó de ello para amagar con un contraataque sus provisiones y sus navíos. El ejército hispano-siciliano volvió á bajar, fué copado y se defendió mal. Los regimientos más antiguos depusieron las armas y, sin embargo, se hizo en ellos gran matanza. Para colmo de desdicha, una tempestad echó 26 barcos á la costa. Los supervivientes se libraron del cautiverio por una fuga desesperada.

DERROTA DE KHEIR-ED-DIN EN KABILIA.—Aquello fué una suerte inesperada para Kheir-ed-Din, compensada pronto por un desastre inmenso. Un ejército tunecino se dirigía á Argel atravesando la Gran-Kabilia. Kheir-ed-Din salió á su encuentro después de haberse reconciliado, según se dijo, con Ahmed-ben-el-Cadi. Cuando los mosqueteros turcos y la infantería de los hafsidas se encontraron en la comarca montuosa de Flissetum-el-Lil, el sultán de Kuko hizo traición al beglierbeg y cayó sobre sus tropas junto

con los tunecinos. Muertos la mayor parte de sus soldados, separado del camino de Argel por masas de enemigos, Kheir-ed-Din avanzó resueltamente hacia el Este con los mosqueteros que le quedaban, y llegó á Djidjelli, donde se refugió, mientras Ahmed-ben-el-Cadi bajaba á Mitidja y entraba en Argel aclamado como un libertador.

REGRESO DE KHEIR-ED-DIN Á ARGEL.—Kheir-ed-Din emprendió de nuevo, sin vacilaciones, su oficio de pirata; agregó Bona y Collo á Djidjelli, y desde esos tres puntos lanzó navíos de corso contra las costas de Italia y España. Pronto tuvo hasta veinte galeras de guerra; agregáronsele compañeros de todos los puertos del Mediterráneo, la mayor parte renegados. Los mezcló con sus soldados, y después de una serie de experiencias llegó á constituir aquellas tripulaciones modelos que durante dos siglos fueron el terror de las naciones cristianas. Se apoderó de Constantina y le impuso un gobernador. Por último, después de cinco años de aquella especie de retroceso á su origen, habiendo sabido que Ahmed-ben-el-Cadi se había hecho impopular en Argel, tomó de nuevo el camino del Oeste. El sultán de Kuko le dió dos batallas, y á su vez fué víctima de una traición en la segunda. Sus mismos soldados entregaron su cabeza á Kheir-ed-Din. Argel abrió con gran satisfacción sus puertas á su verdadero amo. Volvieron á la obediencia el valle del Chelif, el Dahra y el Uarensenis. El hermano de Ahmed-ben-el-Cadi se sometió á pagar tributo; los Beni-Abbas siguieron en paz; una rebelión de Constantina fué reprimida con tal dureza, que durante muchos años no recorrieron los alrededores de la ciudad más que animales feroces; después el beglierbeg reprodujo el ataque de su hermano Arudj contra el Peñón de Argel.

TOMA DEL PEÑÓN DE ARGEL.—España debió intentar hasta lo imposible para conservar aquella fortaleza clavada como una espina en el corazón de sus peores enemigos. Pero no hizo nada por defenderla. Durante veinte días Kheir-ed-Din la batió á cañonazos y luego lanzó al asalto una tropa numerosa que tripulaba 45 embarcaciones. El comandante Martín de Vargas, cogido lleno de sangre con 25 hombres que le quedaban, he-

ridos como él, fué muerto á garrotazos en el mismo palacio de Barbarroja (1529). Una parte de la fortaleza fué arrasada y sirvió para construir un dique, que juntó el islote con la ciudad. Se le añadió una escollera, y así se creó el puerto célebre, fortificado completamente más adelante, que llegó á ser asilo inexpugnable de los corsarios más osados del mundo. Andrés Doria trató en vano de remediar fracaso tan grave apoderándose de Cherchel (1531) con 1.500 soldados. Una contraofensiva de la guarnición turca derrotó su tropa, ocupada en el saqueo, y Doria tuvo que huir, dejando á 600 hombres en la orilla.

PODERIO DE KHEIR-ED-DIN.—Entonces Kheir-ed-Din completó libremente su obra. Dió gran desarrollo á la guerra marítima, y el puerto de Argel se llenó de los navíos más aptos para las guerras rápidas. Al mismo tiempo proseguía en el interior la guerra de conquista. Se establecieron puestos para defender los caminos más importantes. Los genizaros fueron obligados enérgicamente á cumplir sus deberes. Kheir-ed-Din resolvió ponerse á cubierto de sus exigencias, reclutando un cuerpo de 8.000 albaneses, griegos y esclavones, con cuya fidelidad contaba. Tuvo una guardia personal compuesta completamente de renegados españoles. Por último, eligió el momento propicio para atacar, según su intención primera, el reino de los hafsidas; pero antes le había otorgado el sultán de Estambul una nueva dignidad: le había nombrado capitán-bajá de la escuadra otomana, conservando su título de beglierbeg de África.

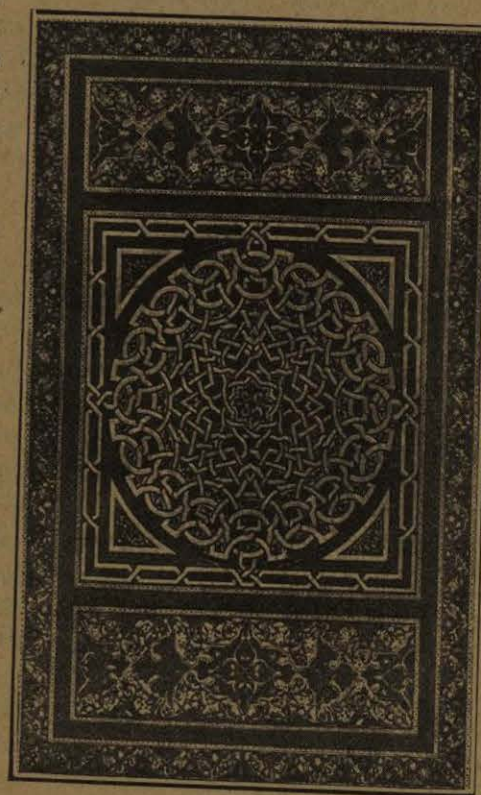
TÚNEZ DISPUTADA ENTRE CARLOS V Y

KHEIR-ED-DIN.—Túnez pertenecía á Muley-Hassan, príncipe degenerado, que apenas se atrevía á salir de sus jardines. Los árabes ocupaban las llanuras. La montaña más próxima á la ciudad, que era el Djebel-Rezas, no reconocía más autoridad que la de un morabito; una dinastía local ocupaba á Keruán, y se hacía respetar hasta en el Sur de Constantina. Todo el resto del país tunecino estaba rebelado ó era in-

dependiente por completo. Kheir-ed-Din salió de Estambul con 80 galeras y 8.000 soldados, juntó á toda su gente en Bona y se presentó delante de Túnez en Agosto de 1533. Después de una defensa corta, Muley-Hassan huyó á refugiarse entre los árabes. Túnez fué saqueada á pesar de haberse rendido. Luego se sometieron las ciudades de la costa y hasta en el Sur de la provincia de Constantina tribus poderosas reconocieron la soberanía de Barbarroja. No se hizo esperar la respuesta, dada esta vez por Carlos V en persona, que salió de Barcelona en Mayo de 1535 con 400 bajeles, entre

ellos 90 galeras, y un ejército de cerca de 30.000 hombres.

La Goleta había sido fortificada apresuradamente, pero la ciudad era muy difícil de defender: estaba llena de cautivos cristianos y renegados dudosos, y Kheir-ed-Din no podía contar más que con 9.000 hombres. El ejército español tomó La Goleta y Kheir-ed-Din le presentó la batalla no lejos de Cartago. Fué vencido, y Carlos V entró á su vez en la capital de los hafsidas, que entregó al pillaje. Dícese que perecieron 70.000 hombres, mujeres y niños. El beglierbeg iba á caer prisionero, pero la amistad de algu-



Portada del Corán (Código árabe que se conserva en la Biblioteca del Escorial)

nos jefes árabes le abrió el camino del Oeste y pudo volver á Bona con sus tropas diezmadas.

El intrépido corsario, en cuanto volvió á Argel, se apresuró á hacer incursiones por el Mediterráneo desguarnecido. Sorprendió á Mahón, saqueó parte de Mallorca, y cargó en sus navíos gran número de cautivos, de modo que la noticia de su *razzia* llegó á Bona cuando se daban fiestas para celebrar la toma de Túnez por el jefe de la cristiandad.

DESASTRE DE CARLOS V DELANTE DE ARGEL.—El cargo principal de Kheir-ed-Din, desde 1536, era mandar la escuadra otomana y á veces la francesa en el Mediterráneo; había delegado el gobierno de Argel en su lugarteniente Hassán-Aka ó Hassán el Eunuco, y éste había seguido guerreando, ya al Oeste, por la parte de Tlemcen, ya al Sur, hasta Biskra. Entretanto Carlos V anunciaba á toda la Europa cristiana que pronto acabaría con la guarida de Barbarroja, y en efecto, en Agosto de 1541 los argelinos supieron con espanto que una escuadra enorme, de 65 galeras y de 451 transportes, se reunía en Spezia. Llevaba 29.000 hombres de tropas alemanas, italianas y españolas, incluso caballeros de Malta. Añadiéndoles las tripulaciones, se alcanzaba un total de 36.250. Entre los personajes notables figuraban Andrés Doria, el duque de Alba, Hernán Cortés y sus dos hijos. Mandaban la escuadra, bajo la alta dirección del emperador, don Fernando Gonzaga, virrey de Sicilia, Jorge Frundsberg, jefe de las tropas alemanas, Camilo Colonna y Agustín Spinola, jefes de las italianas, Jorge Schilling, bailío de Alemania, capitán general de las galeras de Malta, Virginio Urbido de Anguillara, general del papa, don Pedro de la Cueva, comendador de Alcántara, director de artillería, y toda la alta nobleza del imperio.

Para resistir á semejantas fuerzas, Hassan-Aka no tenía más que 800 turcos, 5.000 moros argelinos, algunos renegados mallorquines y moriscos andaluces, armados de arcos de hierro. Corría el rumor de que á consecuencia de negociaciones entabladas con el conde de Alcandete, estaba dispuesto á la traición. Pasó un mes, y se acercó el

otoño con sus tormentas, pero era tal el ardor del emperador, que se empeñó en partir, y aquella muchedumbre de soldados y municiones de guerra entró en buen orden el 19 de Octubre en la bahía de Argel. El desembarco se verificó el 23, con buen tiempo, junto á la desembocadura del Arrach. El 25, la división italiana á la izquierda, el cuerpo alemán en el centro y la división española á la derecha, rodearon toda la parte Sur de la ciudad, desde El-Biar y Condiates-Sabún (más adelante Fuerte del Emperador) hasta el cabo Tafarua, donde está ahora el fuerte Bab-Azún. Hassan-Aka, interpelado vigorosamente en el consejo por un tal Hadj-Bechir y el jefe de sección Mohammed el Judío, renegado español, no se atrevió á cumplir su palabra al conde de Alcandete (suponiendo que se la hubiera dado) y la ciudad se preparó á combatir desesperadamente.

De pronto se obscureció el cielo, el viento del Norte levantó oleaje, y cayó la lluvia á torrentes. El ejército español, sin tiendas ni viveres, pasó una tarde y una noche horrosas. La pólvora se había mojado, y no se podían utilizar más armas que espadas y partesanas. Al mismo tiempo, los buques de transporte, empujados por las olas, se iban á la costa, y gavillas de árabes atacaban á las tripulaciones y saqueaban el cargamento. Las galeras, á pesar de estar ancladas, no podían conservar su lugar más que á fuerza de remos. Carlos V preguntó cuántas horas podrían resistir. «Dos», contestó un piloto. «Bueno—replicó el emperador—. Á medía noche se levantan los frailes en España para orar: Tendrán tiempo para rezar por nosotros.»

Al día siguiente se había desencadenado por completo la tempestad, cuando los italianos rechazaron á los moros y empezaron el ataque por la punta Bab-Azún. Se aproximaron á los muros, pero, acribillados á flechazos y balazos, sin poder contestar, se retiraron en desorden. Los caballeros de Malta fueron á sostenerlos y estuvieron á punto de penetrar en la ciudad; el abanderado de la orden, Ponce de Balaguer, por otro nombre Savignac, clavó su puñal en la puerta, pero al fin fueron arrastrados por el torrente de

los fugitivos. Carlos V, armado de punta en blanco y precedido de tres regimientos alemanes, arrolló á turcos y moros, pero también se paró al pie de la muralla. Se había perdido el tiempo: las últimas cadenas de las galeras iban á romperse. Andrés Doria creyó prudente, para salvar lo que quedaba de la escuadra, salir de aquel golfo maldito y resguardarse junto al cabo Matifou. Carlos V dió la orden de partida.

Marchando hambrientos, con la lluvia encima y por hondos lodazales, pero conservando todavía cierto orden, italianos, alemanes y españoles se batieron en retirada protegidos á retaguardia por los caballeros de Malta, que estuvieron siempre admirables. Dieron vuelta á la bahía en cuatro días y se amontonaron como pudieron en las galeras y en los navíos respetados por el mar. En vano insistieron Hernán Cortés y el conde de Alcandete en renovar el ataque con tropas escogidas. La tempestad no se había acabado. La galera en que iba Carlos V fué llevada por el viento hasta Bugía. Los batallones que se habían quedado en tierra se volvieron á Argel, tiraron las armas y se hicieron musulmanes. España tardó un mes en ver á los últimos supervivientes de aquella magnífica armada, zarandeados todavía por todos los vientos y rendidos de fatiga.

MUERTE DE KHEIR-ED-DIN.—Hassan-Aka no tardó en ser invitado á volver á la vida privada, lo cual agravaba las sospechas que ya pesaban sobre él. Más maravillosa parecía todavía la liberación de Argel, y como Kheir-ed-Din murió á los pocos años, en 1546, rodeó con postrera aureola de gloria su vida extraordinaria, en la cual parecieron sumarse todas las cualidades del soldado con las del político. Audaz y tenaz, flexible y bastante cruel, al hacer de su conquista y la de su hermano una parte integrante del imperio otomano, supo asegurarle recursos duraderos y clasificarla, casi desde su nacimiento, entre las grandes potencias de su siglo. Amigo de Francia, enemigo mortal de España, no sólo había organizado á África, sino que había determinado su papel en lo exterior. En esto quizá fuera superior á Arudj, ó más bien lo completara, pues para la posteridad son inseparables.

LOS SUCESESORES DE BARBARROJA.—La formación del imperio saadiano de Marruecos hizo que la actividad de los sucesores de Barbarroja se ejerciera, no ya entre Tlemcen y Constantina, sino entre Fez por una parte y Túnez por otra. Siguieron luchando también contra los españoles y sometiendo progresivamente á todos los príncipes árabes ó berberiscos del interior. Penetraron en el sur hasta Uargla. Aquel fué el período heroico de la conquista, la terminación del plan primitivo de Arudj. El mérito de los hombres audaces que lo realizaron fué tanto mayor cuanto que al mismo tiempo necesitaban dirigir la guerra de corso en el Mediterráneo occidental y tomar parte en expediciones de conjunto tan considerables como el sitio de Malta y la batalla de Lepanto. La historia mejor entendida no permite olvidar los nombres de Hassán-Bajá, Salah-Reis y Euldj-Ali.

Hassan-Bajá, hijo de Kheir-ed-Din, lugarteniente de su padre en 1544, nombrado *beglierbeg* en 1546, tuvo que luchar con el conde de Alcandete, gobernador de Orán, al cual derrotó delante de Mostagán. Fué el primero que guerreó con el jerife de Fez, en unión de los contingentes de Abd-el-Aziz, señor de los Beni-Abbas. Su ejército, mandado á un tiempo por Abd-el-Aziz y un renegado corso llamado Hassán, vengó en las tropas del jerife una traición reciente y dejó en Tlemcen una guarnición de 1.500 hombres mandados por un caid, pero de pronto Hassan-Bajá fué llamado á Estambul probablemente á instancias de Aramón, embajador que había llamado la atención del sultán de Francia, sobre sus veleidades de independencia (1552). Entretanto el corsario Dragut (Torghud) había tomado El-Medhia en Túnez y, ayudado por Sinán Bajá, había conquistado á Trípoli (1556).

Salah-Reis, que sustituyó á Hassan-Bajá, fué el conquistador de Tuggurt y Uargla. Se atrevió, estando tan lejos de su base de operaciones, pero con el auxilio de Abd-el-Aziz, á llevar tropas europeas y hasta cañones al centro del desierto. Rompió luego con Abd-el-Aziz y le mandó atacar dos veces en el valle del Ued-Sahel, pero el señor de la Calaa tenía también mosqueteros y